
La economía de las ciudades en la era de la globalización

PID_00259789

Roger Sunyer Tacher

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 3 horas



Roger Sunyer Tacher

Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundación para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

1. Un mundo de ciudades	5
2. Amenazas de la economía global	8
2.1. Libre comercio para unos pocos	8
2.2. Finanzas globales sin una buena regulación global	10
2.3. Una economía donde siguen existiendo clases	12
2.4. La ineficiencia del modelo estatal	15
2.5. Un modelo competitivo humanamente insostenible	17
2.6. Un modelo ecológicamente inviable	18
2.7. La visión positiva de la globalización	19
3. Retos para una economía ciudadana	21
3.1. Economía ciudadana frente a economía de <i>lobbies</i>	21
3.2. El reto de la ciudadanía económica	22
3.3. Hacia una democracia económica glocal	26
3.4. Las ciudades como oportunidad: hacia una economía ciudadana	28
Bibliografía	33

1. Un mundo de ciudades

Desde el año 9000 a. C., hay constancia de grandes asentamientos urbanos¹, donde empieza un proceso de crecimiento de las aglomeraciones urbanas más vigente que nunca en nuestros días. Desde entonces, la vinculación de la ciudad está tan estrechamente vinculada al desarrollo humano que puede afirmarse que la evolución de la humanidad es, esencialmente, un fenómeno ciudadano. El triunfo de la ciudad (Glaeser, 2012) es, sin duda, inapelable: solo ocupando un 2 % de la superficie terrestre agrupa ya cerca del 55 % de la población de los siete mil millones de habitantes del planeta y se estima que esta proporción sea del 68 % en 2050, en parte por el desplazamiento de población rural a las áreas urbanas, pero también por el crecimiento demográfico previsto. (ONU, 2018). Este proceso de crecimiento de las aglomeraciones urbanas es especialmente exponencial en los últimos trescientos años. Entre 1750 y 1950, la primera fase de urbanización, cuatrocientos millones de personas pasaron a residir en áreas urbanas, principalmente en América del Norte y Europa. La segunda fase, aún en curso, se inició en 1950 y afecta sobre todo al continente asiático, América del Sur y África. En 1800, solo había una ciudad con más de un millón de habitantes (Pekín), en 1900 ya eran 12, en 1950 eran 83 y en 2005 la cifra ascendió hasta las 400. En la actualidad, más de 500 ciudades superan el millón de habitantes y esta tendencia seguirá ya que serán las urbes de menos de un millón de habitantes (principalmente africanas y asiáticas) las que liderarán el crecimiento demográfico urbano. Las megaciudades (con más de 10 millones de habitantes) también se han multiplicado. Han pasado de ser solamente 2 en el año 1950 (Nueva York y Tokio) a 43 en la actualidad (ONU, 2018).

Los datos muestran que desde la Revolución Industrial la ciudad se convirtió en el lugar más común. Fue en las ciudades donde se gestaron las grandes innovaciones y teorías en cualquier ámbito de conocimiento (Jacobs, 1970). Fruto de ser un espacio de intercambio de conocimiento, de comercio, de trabajo, de oportunidades, muchas ciudades son ya megaciudades² en un proceso de urbanización que no parece tener fin y en el que cada semana agregamos un millón más de personas³.

⁽¹⁾9000 a. C. Jericó (Israel), 7000 a. C. Biblos (Líbano), 5000 a. C. Alepo (Siria) o Plovdiv (Bulgaria), 4000 a. C. Sidón (Líbano) o Erida (Irak), 3000 a. C. Varanasi (India), Atenas (Grecia), Caral (Perú), 2000 a. C. Damasco (Siria) o Tebas (Egipto).

⁽²⁾Por ejemplo: Tokio, con 33,8 millones de habitantes, Seúl, con 23,9 millones, Ciudad de México, con 22,9, Delhi, con 22,4, Bombay, con 22,3, Nueva York, con 21,9, São Paulo, con 21,0, Manila, 19,2, Los Ángeles, con 18,0 o Shanghái, con 17,9 millones.

⁽³⁾Ver: <https://blogs.iadb.org/ciudadessostenibles/2014/10/22/ciudades-inclusivas/>

El crecimiento de las ciudades ha facilitado la economía globalizada y esta facilita su crecimiento⁴, es incuestionable que la globalización se ha instaurado definitivamente en nuestras vidas, en nuestras ciudades, con una dimensión y un impacto tal del que probablemente aún no somos del todo conscientes. Tan solo unas cuantas décadas atrás los viajes internacionales por motivos laborales o por ocio eran esporádicos para la gran mayoría de la población. Solo el cine nos recordaba la inmensidad de nuestro planeta⁵. En pocas décadas, nuestra realidad cotidiana ha cambiado radicalmente: podemos viajar prácticamente por todo el mundo, nuestros zapatos están fabricados en China, los pantalones en Marruecos, la camisa en Bangladesh, el móvil en Estados Unidos y la cartera en nuestro propio país.

Existe una clara relación entre urbanización y ritmo de crecimiento económico: aunque actualmente poco más de la mitad de la población mundial vive en las ciudades, estas suponen el 80 % del PIB mundial. Vivimos en un planeta de ciudades con una economía globalizada o parcialmente globalizada en el que, por norma general, la urbanización implica mejores economías de escala, mayor productividad y distancias más cortas al mercado. Además, la urbanización facilita mejores infraestructuras económicas, educativas, sanitarias, de transporte o clústeres económicos con mano de obra especializada que favorezca la innovación.

Pero, al mismo tiempo, urbanización no implica automáticamente crecimiento, ni tampoco que las ciudades estén exentas de fuertes amenazas evidentes como por ejemplo las grandes desigualdades, no solo con relación a la renta per cápita sino también con respecto al acceso a los servicios y bienes. En los países más pobres podemos constatar esa urbanización sin que cambie su nivel de vida. Más de 800 millones en el mundo siguen viviendo en situaciones de pobreza evidente en *slums*, favelas o barrios degradados en un número que no para de aumentar (Jedwab y Vollrath, 2015⁶) y las desigualdades entre ciudades es cada vez mayor (Florida, 2018). Pese a sus especificidades y sus propias problemáticas, no hay duda que en un mismo contexto global compartido, ciudades como Pekín, Nueva York, Londres, São Paulo, Lagos o Karachi comparten muchas problemáticas que pueden abordarse conjuntamente: grandes concentraciones de población en infraviviendas; presión sobre la vivienda; superpoblación; desigualdades; degradación; aislamiento; criminalidad o ingobernabilidad. A las problemáticas socioeconómicas se le añaden las medioambientales derivadas de la generación de residuos y de las emisiones de dióxido de carbono (CO₂), vinculadas a una urbanización a menudo depredadora, medioambientalmente insostenible en la medida que coloniza espacios naturales y amenaza la biodiversidad, abusando de espacios artificiales sin atender que los recursos son finitos.

Sin casi darnos cuenta, todo lo que nos rodea tiene un recorrido mundial; nuestra realidad se ha globalizado. La globalización nos ha cambiado la realidad sin pedir permiso. Aunque a diario veamos aspectos de ella que no nos

⁽⁴⁾La consultora Oxford Economics publicó recientemente el informe *Ciudades Globales 2030*, en el que se proyecta cómo serán el mundo y sus ciudades en quince años. Se trata de un estudio comparativo de las 750 principales ciudades del mundo que, en su conjunto, suman hoy el 57 % del PIB mundial (el equivalente a 8 millones de millones de dólares) y que para el año 2030 superarán el 61 %. Mientras que en los mercados desarrollados se podría atisbar una ralentización, los países emergentes se encuentran ante una realidad bien distinta. De hecho, se espera que su tasa de urbanización agregada aumente del actual 50 % al 63 % en 2050, y que para entonces 5.200 millones de personas (más de la mitad del mundo) vivan en ciudades de países emergentes. Además, 440 de estas ciudades representarán la mitad del crecimiento global del PIB. Ver en: <https://www.oxfordeconomics.com/cities/report>

⁽⁵⁾Por ejemplo, Josep Pla afirmaba que el cine era la forma de viajar de los pobres.

⁽⁶⁾Ver igualmente: http://www.un.org/en/development/desa/population/publications/pdf/urbanization/the_worlds_cities_in_2016_data_booklet.pdf

Nota

Con la creciente motorización, el uso de redes kilométricas y las grandes distancias, representando un 75 % de la demanda energética global y el 80 % de las emisiones de CO₂, los costes ambientales de las ciudades son enormes.

satisfacen o incluso que nos indignan, formamos ya parte de ella y, nos guste o no, contribuimos a su expansión. Y es precisamente ese ritmo tan vertiginoso el que nos conduce a preguntarnos si debemos oponer resistencia o abrazarla sin miramientos, combatirla o resignarnos a ella. Confusos ante la perplejidad de la velocidad con la que todo cambia, tendemos a posicionar sobre la bondad o maldad de la globalización sobre nuestras ciudades. Pero más allá de posicionamientos ideológicos (el deber ser), de lo que cada cuál considera qué es lo que debería ser la globalización, probablemente lo más razonable es constatar que amenazas y oportunidades se entremezclan ineludiblemente. Demos un breve repaso para identificar cuáles pueden ser aprovechadas y o mitigadas para una economía ciudadana.

2. Amenazas de la economía global

2.1. Libre comercio para unos pocos

Paralelamente al desarrollo de la revolución científico-técnica que empezó con la industrialización (Sunyer, 2015), y justamente gracias a ella, transcurre el proceso de mundialización de la producción del comercio tan característico de la economía globalizada. Los rápidos avances de las tecnologías de la información y de las comunicaciones, los menores costes de transporte, la liberalización del comercio y el auge de la inversión extranjera directa han contribuido a la expansión progresiva del comercio por todo el mundo a un ritmo exponencial. Si en 1970 el volumen del comercio internacional de mercancías se cifraba en 300.000 millones de dólares, en 2008 ya superaba los 15 billones.

Cadenas globales de valor, de producción o como quiera llamárseles, lo cierto es que la producción ya está mundializada. Todos lo vemos cada día. La transacción a nuestras ciudades es evidente en nuestra vida diaria con la proliferación del comercio de matriz global en detrimento, en muchos casos, del puramente local en una relación asimétrica de la cual hablaremos más adelante. Nuestro entorno es definitivamente local y global simultáneamente, además, porque una decisión tomada en cualquier lugar por un gobierno, una gran empresa o una institución financiera importante puede provocar efectos inmediatos en cualquier parte del mundo. Gran parte de la producción y el comercio mundiales están ya controlados por empresas globales que, pese a constar registradas en una ciudad, cuentan con sucursales en todas partes del mundo operando como una gran cadena de producción y distribución. La producción de bienes, desde los más sencillos a los más sofisticados, se ha fragmentado geográficamente, de modo que la mayoría de bienes que tenemos a nuestro alrededor (sean materiales, partes, componentes o servicios) se producen en distintas ciudades de todo el planeta. La lista es infinita y abarca cualquier producto que usamos en nuestra vida cotidiana: desde ropa, alimentación, juegos infantiles, aparatos electrónicos o un Boeing 787. Las empresas que coordinan las cadenas globales de valor están generalmente localizadas en los países económicamente más ricos, mientras que sus proveedores son empresas que se encuentran en países más pobres, creando una clara asimetría tecnológica que puede evolucionar hacia una creciente desigualdad entre territorios. No en vano, las etapas con mayor valor agregado relativo son las que se conservan en las economías más ricas (concepción de producto, diseño, investigación y desarrollo, marketing y servicio posventa) y las restantes se externalizan en países económicamente menos fuertes (procesos manufactureros). La producción globalizada, tal y como ha llegado a nuestros días, supone un cambio radical en el comercio internacional puesto que ya no se intercambian solo bienes finales, sino también bienes intermedios que, en ocasiones, pueden cam-

biar varias veces de país antes de ser ensamblados en un bien final. De acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en la actualidad alrededor del 56 % del comercio mundial de bienes y el 73 % del comercio mundial de servicios está constituido por productos y servicios intermedios.

Por otro lado, la mundialización del comercio también está conllevando un proceso paralelo y extraordinario de concentración del capital que constituye una clara amenaza incluso para cualquier liberal defensor del libre comercio y de una competencia equilibrada del mercado. La paradoja del capital (Harvey, 2013 y 2014) se produce cuando la liberalización de los mercados⁷ y la apología de la competencia de mercado durante los últimos años ha comportado, al mismo tiempo, una imparable centralización del capital que amenaza justamente esta competencia. Los datos son suficientemente reveladores sea cual sea el sector que se analice (líneas aéreas, petróleo, automóvil, etc.⁸).

El proceso de concentración de capital implica, además, un proceso de concentración de poder en pocas manos que supone una amenaza por su potencial capacidad para influir en marcos regulatorios favorables a sus intereses. Sin duda, las empresas pueden y deben participar también de las grandes decisiones colectivas. El problema es la proporción respecto al mercado en cuestión. Cuando su posicionamiento aumenta, las peticiones se convierten en presiones e incluso en dictados para favorecer un marco regulatorio que solo favorece a un operador y perjudica al resto. Cuando la capacidad o la incapacidad de control político sobre dichas presiones son evidentes, las reglas más básicas de la libre competencia y de la igualdad de oportunidades quedan totalmente en entredicho.

Desde el punto de vista institucional, la Organización Mundial del Comercio debería ser uno de los espacios de control y supervisión clave, aunque más bien se ha convertido en el símbolo de las desigualdades globales y la hipocresía de los estados industrializados; de hecho, ha recibido muchas críticas y se ha convertido en la fuente del movimiento anticapitalista mundial que surgió tras la Batalla de Seattle (Stiglitz, 2010).

Más recientemente, el TTIP (Transatlantic Trade and Investment Partnership) refleja de modo ejemplar las oportunidades y amenazas de la economía globalizada. Se trata de un acuerdo que están negociando la Unión Europea y Estados Unidos para crear la zona de libre comercio más grande del mundo. El objetivo oficial es eliminar aranceles, normativas que se consideran innecesarias, así como restricciones a la inversión en una gran variedad de sectores económicos con el fin de simplificar la compra-venta de bienes y servicios entre la UE y Estados Unidos. En nombre de la UE negocia la Comisión Europea, y por la parte de los Estados Unidos, principalmente participa la Oficina del Representante Comercial estadounidense. Los que están a favor ven la gran oportunidad para facilitar el comercio a un lado y otro del Atlántico, recortan-

⁽⁷⁾Ha-Joon Chang (2005) explica perfectamente como la ideología de la liberación de mercados se produce por parte de las potencias occidentales cuando estas han consolidado posiciones de dominio en los distintos mercados resultado de aplicar políticas proteccionistas en los últimos siglos.

⁽⁸⁾Uno de los más recurrentes es el de Monsanto, una empresa química convertida ahora una de las dos mayores empresas del mundo de biotecnología; controla el 33 % del mercado de la soja, el 15 % del mercado de semillas de maíz y el 85 % del mercado de semillas de algodón en Estados Unidos (Rifkin, 2014).

do gastos de burocracia y legislación y liberalizando el comercio de servicios y la contratación pública. Ven la posibilidad así de aumentar la oferta y la demanda sin tener que aumentar el gasto público ni la deuda. Apuestan por el crecimiento de las exportaciones en todos los sectores económicos, hecho que debería beneficiar tanto a las multinacionales como a las pequeñas y medianas empresas. También prevé que los precios caerán fruto de la eliminación de aranceles y el abaratamiento de bienes y servicios. Aquellos que son contrarios, sin embargo, denuncian que la CE celebra sus reuniones sobre el TTIP básicamente con *lobbies* de multinacionales, considerando el tratado como una simple forma de allanar el camino a los intereses de determinadas multinacionales, por ejemplo, ante la introducción del comercio de transgénicos, de animales hormonados, de pesticidas o de otras malas prácticas medioambientales (Zubizarreta y Ramiro, 2015). Igualmente se acusa al Tratado de querer hacer perder influencia y soberanía a los gobiernos permitiendo, por ejemplo, que las multinacionales puedan demandar judicialmente a los estados por daños y pérdidas económicas ocasionadas por decisiones gubernamentales (en el caso de una hipotética nueva ley de protección ambiental o de nuevos derechos de los consumidores, por ejemplo). Más allá de los contenidos, se denuncia igualmente una falta general de transparencia en las negociaciones entre la UE y Estados Unidos, dado que el desarrollo de las negociaciones parece inaccesible.

2.2. Finanzas globales sin una buena regulación global

Junto con la mundialización del comercio, la globalización financiera es probablemente la característica más evidente del capitalismo contemporáneo. En todo el mundo, las variables determinantes de la actividad económica, como las tasas de interés, el crédito disponible o las inversiones están sujetas cada vez más a los movimientos de capital más allá de las fronteras del propio territorio. Cada día se mueven por todo el mundo miles de millones de euros de un país a otro. Como bien expresa Arcadi Oliveres, uno puede levantarse por la mañana, sentarse frente al ordenador de su casa, comprar acciones en la Bolsa de Tokio, salir a pasear, volver por la tarde, entrar en la Bolsa de Nueva York y vender esas mismas acciones por un precio más elevado (Oliveres, 2012). De hecho, si hace solo veinte años el tiempo de posesión de una acción era de cuatro años, hoy es tan solo de 22 segundos⁹. La libertad del capital es total, sin que nadie ni nada ponga control real sobre ello, ni gestione las reglas básicas de un mercado realmente libre que pueda servir para la mayoría. La mala regulación de los mercados financieros –más que desregulación–, la diversificación global de las carteras de colocaciones y la tecnología de las comunicaciones han acelerado la globalización con amenazas evidentes: los grandes mercados, donde la oferta de ahorros es de dimensiones enormes – como en el caso de Estados Unidos, Europa, Japón o Taiwán –, pueden colocar sus fondos en cualquier mercado abierto del mundo, simplemente porque ofrecen una mayor rentabilidad en un momento dado generando una nueva fiebre especulativa. Si hablásemos de pequeñas cantidades parecería tan solo una anécdota, incluso simpática, pero cuando constatamos que el 75 % del PIB mundial proviene del patrimonio de los fondos de inversión y de pensiones,

⁽⁹⁾Ver *Confesiones de un banquero* (documental). Alemania-Austria (2013).

la anécdota puede convertirse directamente en tragedia para países enteros y comportar consecuencias funestas para el conjunto de ciudadanos de todo el mundo. Por todos es conocido cómo la explosión de la crisis financiera en Estados Unidos en 2008, y su rápida propagación al resto del mundo, puso en evidencia la gran interconexión que existe entre los mercados que permanecen unidos mediante las grandes arterias de los flujos financieros.

Pese a ello, no parece que los grandes *holdings* financieros quieran poner freno a ello. En 2010, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, promulgó la Ley de reforma de Wall Street y de protección del consumidor, cuyo objetivo es regular los mercados financieros y así proteger la economía de una segunda gran crisis. Desde entonces, el sector financiero ha invertido más de mil millones de dólares en cientos de personas que se han dedicado a la incidencia política para debilitar la Ley y retrasar su plena aplicación¹⁰. Solo en 2012, las cinco mayores asociaciones de consumidores utilizaron los servicios de veinte personas dedicadas a defender la Ley, mientras que los cinco grupos financieros más importantes enviaron a 406 personas para abogar por su derogación. Sea por una cosa o por la otra, y a pesar de que la Ley se promulgó en 2010, solo 148 de sus 398 disposiciones se han terminado y el sistema financiero sigue siendo tan vulnerable a las crisis como lo era en 2008 (Rivilin, 2013).

Sin duda, la globalización financiera también puede entrañar oportunidades para la mundialización de la actividad económica, para una coordinación y cooperación global sin precedentes, para facilitar el tránsito de personas o el comercio, pero es una evidencia que hasta el momento no ha logrado resolver la ecuación entre un desarrollo con equidad y la volatilidad de los capitales internacionales. Según el propio FMI, para que todos los países se beneficien de la globalización, la comunidad internacional debería esforzarse por *ayudar* a los países más pobres a integrarse en la economía mundial, respaldando reformas que fortalezcan las economías y el sistema financiero mundial para lograr un crecimiento más rápido y garantizar la reducción de la pobreza. Sin embargo, para otros, la globalización financiera solo será realmente una oportunidad en la medida en que se tomen medidas como la imposición de tributos para las transacciones financieras o la eliminación de los paraísos fiscales y la lucha decidida contra la evasión fiscal. Cabe recordar en este sentido que, en el año 2008, el patrimonio financiero de los particulares de todo el mundo –depósitos bancarios, acciones, fondos de inversión y seguros– ascendía a 75 billones de dólares. De ellos el 8 %, unos 6 billones, se encuentran en paraísos fiscales (Zucman, 2013).

Sea como fuere, lo que parece del todo incuestionable es que la globalización financiera será socialmente útil en la medida que se produzca la globalización de la democracia¹¹, que los ciudadanos de todo el mundo se doten de ins-

⁽¹⁰⁾Ver Ley Dodd-Frank en: https://en.wikipedia.org/wiki/Dodd%E2%80%93Frank_Wall_Street_Reform_and_Consumer_Protection_Act

⁽¹¹⁾Para la cuestión de la democracia y gobierno mundial, son recomendables los distintos libros y propuestas de David Held. Por ejemplo: *La democracia y el orden global* (1997).

trumentos capaces de controlar –efectivamente– las desviaciones que ejercen unos pocos en su propio beneficio estableciendo un marco de actuación legal, equitativo, ético y transparente.

2.3. Una economía donde siguen existiendo clases

El concepto de clase social, tan popular tan solo unas cuantas décadas atrás, ha quedado en desuso. La globalización ha comportado una fusión sin precedentes de grupos, segmentos de la población, culturas y formas laborales, transformando nuestra realidad en algo mucho más complejo y variado que antes. Ya sea por un proceso social o bien por una acción intencionada de sectores neoliberales, lo cierto es que son pocos los que hablan de clases sociales. Y, en cambio, sí de nuevos paradigmas, nuevas eras, nuevas formas de hacer las cosas y un sinfín de etiquetas y conceptos que trata de evitar –consciente o inconscientemente– cualquier vinculación con el legado teórico socialista y comunista. Quizás, ello se deba porque forma parte de un lenguaje antiguo, poco moderno, o quizás porque nadie quiere ser etiquetado con adjetivos vinculados al comunismo o al lenguaje revolucionario de buena parte del siglo XX. El multimillonario Warren Buffett, sin embargo, parece tener clara su vigencia con su famosa frase «Por supuesto que existe lucha de clases, y mi clase la ha ganado», refiriéndose simple y llanamente a la de los ricos y millonarios.

Pese a ello, las clases han cambiado y no las podemos reconocer como estaban descritas en las teorías clásicas¹². Inmersos de lleno aún en el proceso de globalización, asistimos a la configuración de unas nuevas clases sociales de dimensión mundial. El panorama social en todo el mundo es muy diverso y complejo y, obviamente, no forma parte del objetivo de estos materiales profundizar en ello. Sin embargo, si nos centramos en los países económicamente más ricos, podemos trazar un esbozo de cómo se podría estar configurando ya una nueva estructura de clases que, en un futuro no muy lejano, convergerá globalmente: la clase corporativa, la media, la asalariada y el precariado (Standing, 2013).

⁽¹²⁾Para la descripción de las tres primeras sigo a Subirats (2012).

La clase corporativa globalizada

Es la clase más minoritaria y, sin embargo, la que acumula mayor poder. Desde un punto de vista organizacional, el sector está representado por las empresas que compiten globalmente y por los sectores de servicios y de economía local que les sirven de apoyo. En su versión más restringida se trata de propietarios, accionistas y directivos de grandes *holdings* y grandes empresas. Se mueve en el campo de la economía y la información globales, demanda determinados tipos de servicios, actividades y condiciones específicas de atractividad en el espacio en que reside y desarrolla sus acciones. La clase corporativa conecta el territorio con el resto del mundo, aunque su carácter cosmopolita implique la poca valoración de las raíces, generando a su vez formas de cultura y acción globalizadas. No tiene ningún arraigo determinado porque su lógica es la que mejor convenga al capital inmerso como está de lleno en el capitalismo finan-

ciero. Es la clase en definitiva que mueve los hilos. Presiona legalmente –e ilegalmente, en algunos casos, si conviene...–, tratando de comprar favores a representantes políticos y/o directivos públicos que debieran controlar y regular sus actividades. Otra vía puede ser directamente accediendo a cargos públicos, en una dinámica de puertas giratorias endogámicas conocidas por todos. Algunos de los casos más evidentes los encontramos en el mundo de las finanzas: el conocido Jean-Claude Trichet, que fue presidente del Banco Central Europeo cuando antes había sido un alto directivo de Credit Lyonnais, o el de Mario Draghi, su actual presidente que proviene, a su vez, de la banca de Italia pero que antes había ejercido como alto directivo de Goldman Sachs, justamente uno de los bancos fallidos que provocaron la crisis iniciada en 2008.

La configuración de la clase corporativa es un efecto de la globalización financiera y del comercio que, en las últimas décadas, ha restaurado el poder de las élites más ricas: solo en un año, los directivos de los principales fondos de inversión obtuvieron 3 millardos de dólares en remuneraciones personales, y las primas de Wall Street han aumentado de 5 a 50 millones de dólares (Harvey, 2013 y 2014). Desde 1980, en México, por ejemplo se ha configurado un reducido grupo de 14 milmillonarios; en China había 115, 101 en Rusia, 55 en India, 52 en Alemania, 32 en Gran Bretaña, 30 en Brasil (Harvey, 2013 y 2014). Y en Estados Unidos, 413, cifra que contrasta con la de más de 40 millones de pobres.

En general, se trata de un grupo que tiene *poco* interés en la política y la economía ciudadana porque considera que los problemas sociales, políticos y económicos son problemas de gestión¹³. Difícilmente se acepta la discusión sobre el modelo económico actual. Se acepta sin más –al fin y al cabo son sus principales beneficiarios– y se centra el debate en el plano operativo económico. Su concepto de lo económico y lo político se extiende a través de sus gigantescas redes empresariales, que abarcan también el sector audiovisual (películas, televisión) como principal reproductor de su discurso de legitimación. Por ello, y en lo que se refiere a la Administración pública, la clase corporativa apuesta por la política de la eficiencia, de la privatización acrítica y la supresión de servicios y ayudas, aunque justo pocos años atrás preconizaba la idea de la Administración local como agente clave para la dinamización de la economía de un territorio.

(13) Podríamos ampliar el foco e incluir también la clase creativa, trabajadores vinculados a la economía del conocimiento... Ver Florida (2018).

La clase media local

Participa de la vida ciudadana mediante unas normas tradicionales de convivencia relacionadas con el mundo que está en crisis, sufriendo el bombardeo cultural del sector más globalizado al tiempo que refuerza el arraigo en la realidad más inmediata. Se caracteriza por tener niveles de capital social, educativo y económico estables y suficientemente aceptables para desarrollarse personal y profesionalmente.

Desde la perspectiva de su actividad económica, deberíamos agrupar a profesiones liberales, a emprendedores y a pequeños y medios empresarios. Mientras que el mercado local o la atractividad de la ciudad mantienen una fuerza económica destacable, el proceso de mantenimiento de esta clase, tanto en la parte más integrada en el sistema como en la que lo rechaza y reclama un cambio de modelo, parece bastante asegurado. Con las crisis económicas que atraviesan algunos países, la clase media local tiende a disminuir para engrosar las filas de la clase asalariada localizada y, en algunos casos, al precariado. Sin embargo, sigue siendo probablemente la base de una economía ciudadana que recupere capacidad de autonomía ante la implacable fuerza de la economía global.

La clase asalariada localizada

La clase asalariada es la heredera de la clase obrera. Son los trabajadores que nutren las grandes cadenas de producción, las empresas. Son aquellos a los cuales el crecimiento económico les ha permitido adquirir viviendas, coches, acceder a las posibilidades socioeconómicas de la clase media (universidad, sanidad, etc.). Esta mejora ha generado, sin duda, una pérdida de conciencia de clases, entre otros motivos, por la voluntad de confirmar el ascenso social entrando a formar parte cuanto antes de la clase media, donde supuestamente la mayoría de las personas viven acomodadas, con amplia libertad para desarrollar su estilo de vida con plena igualdad de oportunidades.

La gran crisis financiera originada en 2008 en Estados Unidos, y extendida luego a la Unión Europea, ha puesto de manifiesto que la clase media no era tan amplia como se decía. Bien al contrario, las distintas crisis económicas están evidenciando que la gran masa de la población sigue integrada en este grupo que, a su vez, sigue creciendo con la incorporación de bolsas de población procedentes de la clase media.

El precariado

Tanto la clase media pero especialmente la clase asalariada pueden evolucionar hacia una nueva clase, el precariado, cuando se entra en una situación crónica de falta de ingresos. Más allá de las cifras de paro, en muchos países (más del 20 % de paro en España, Grecia o Sudáfrica), deben considerarse, por lo tanto, los índices de pobreza que arrojan datos ilustrativos del número de personas que van engrosando el precariado. Según los datos de la ONU (UNDP, 2014), en 2014 había 1.200 millones de personas en el mundo que vivían con 1,25 dólares o menos al día, y casi 1.500 millones de personas de 91 países en desarrollo están al borde de la pobreza cuando, según la propia ONU, dar prestaciones sociales básicas a las personas pobres costaría un poco menos del 2 % del PIB mundial. Solo en Estados Unidos, en 2011 se pudieron contabilizar más de 40 millones de personas en situación de pobreza¹⁴.

⁽¹⁴⁾Algunos datos pueden consultarse en <http://www.povertyusa.org>

Con la crisis iniciada en el año 2008, el precariado ha crecido enormemente, hasta el punto de que se puede hablar de un precariado global formado por varios millones de personas en el mundo que carecen de estabilidad. Es una clase en creación formada por un número creciente de personas –se calcula que en torno a un cuarto de los adultos de las sociedades europeas se puede considerar precariado– que caen en situaciones de precariedad que implican exclusión económica y cultural.

La caída en el desempleo y la economía sumergida es parte de la vida del precariado. También, sus diferencias en formación con la élite privilegiada y la pequeña clase trabajadora técnicamente instruida. Pueden ser jóvenes excluidos del sistema laboral, educativo o gente mayor sin apenas recursos económicos ni sociales. Se trata de una clase a la que su situación social, económica y personal puede arrastrarlos, en primer lugar, hacia la abstención y la pasividad política y la progresiva desconexión de la sociedad y de todo sentido colectivo. La desconfianza creciente en el sistema, junto con la ansiedad generada por vivir en condiciones sociales y económicas difíciles, les hace especialmente sensibles a propuestas xenófobas y/o violentas.

2.4. La ineficiencia del modelo estatal

Parece existir un amplio consenso respecto a la ineficiencia del modelo de organización político del Estado-nación para responder a los desafíos de la economía globalizada (Bell, 1990): por un lado, es demasiado pequeño, demasiado simple y rígido para los grandes problemas de la vida global, para abordar su complejidad y su realidad poliédrica y multilateral y, por el otro, el Estado supone una estructura demasiado grande y compleja para los pequeños problemas de cada día.

Cuando el Estado-nación se ve superado por el impacto de la globalización, debe ceder soberanía –muy a su pesar– a espacios de poder supranacionales o internacionales. Es evidente que las crecientes conexiones económicas y culturales reducen su poder y su capacidad para gobernar desde el nivel estatal, que el poder estatal también se ve recortado debido a que los problemas globales crecen en intensidad y en cantidad y que, consecuentemente, muchos de los ámbitos tradicionales de responsabilidad estatal (defensa, comunicaciones o economía) ya se coordinan sobre bases supraestatales. Justo cuando se podía pensar que la ciudad podría quedar diluida bajo esa misma presión de la globalización, esta puede ser su mejor palanca.

Es justamente inmersos de lleno en el proceso globalizador cuando la economía ciudadana emerge como respuesta a la economía globalizada y a los organismos multilaterales que, supuestamente, la coordinan alejados del poder de decisión de los ciudadanos. Así pues, paradójicamente, el proceso de globalización potencia el rol de los municipios y responsables locales y la emergencia de la economía ciudadana. Mientras que hay un proceso de concentración

por arriba (G20, G8, Troika, etc.), es cada vez más evidente que muchos de los problemas cotidianos de la ciudadanía podrían verse resueltos desde un nivel infraestatal, desde el ámbito local.

Por otro lado, desde abajo ya es una realidad que las ciudades canalizan un porcentaje cada vez más alto de demandas políticas y económicas, desarrollan iniciativas novedosas destinadas a ofrecer nuevas respuestas a los problemas de la colectividad y participan en los múltiples escenarios donde se toman las decisiones que afectarán en la práctica a la calidad de vida de la ciudadanía. A veces, por la necesidad de optimizar los recursos públicos de la Administración estatal de acuerdo al principio de subsidiariedad, como consecuencia del galopante proceso de desindustrialización presente en algunos países occidentales, producto de la creciente movilidad del capital global o bien por disfunciones varias del mercado del mercado, lo cierto es que las ciudades han ido asumiendo progresivamente la movilización de sus propios recursos con el objetivo de crear nuevas propuestas económicas que generen nuevas oportunidades para la creación de empleo y riqueza en el territorio.

Si bien es cierto que aún persisten gestores tradicionales que intentan centralizar al máximo las soluciones en el ámbito estatal para asegurar el control, y siguen habiendo voces que reclaman soluciones económicas estatales a problemas locales, cada día parece más aceptado el reconocimiento de los límites de estas políticas centralistas. La lenta pero persistente superación del Estado-nación, tanto desde el flanco global como desde el flanco local, ya está provocando una profunda alteración en las formas de gobernar. En contraste con el centralizado y universalista Estado tradicional, el nuevo Estado que debería imponerse sería el descentralizado y localista. Las jerarquías de gobierno deberían ceder para reaparecer bajo la apariencia de una compleja red de actores y relaciones englobadas que faciliten el camino hacia una economía realmente ciudadana. Al fin y al cabo son las ciudades, no los estados, el motor de generación de riqueza social y económica (Florida, 2018). Un reto donde los representantes locales dejan de ser un simple eslabón en la cadena de mando para convertirse en actores políticos y económicos de primer orden.

Igualmente, y ante la dificultad de ofrecer respuestas estatales a los interrogantes de la globalización, los gobiernos locales deben asumir el reto¹⁵ de hacer frente a las fuerzas de la economía globalizada con los –a menudo escasos– recursos de la Administración local. Para ello, deben ser capaces de aprovechar la diversidad de movimientos de autoorganización que por todas partes se producen alrededor de territorios más pequeños, caracterizados por una afinidad mucho más inmediata; deben ser capaces de tejer redes complejas cooperativas de todos los actores del territorio para responder, de forma mucho más eficaz, a los retos de la globalización.

(15) Para una visión acerca del liderazgo que deberían ejercer las ciudades, ver Barber (2014) y su concreción en <https://globalparliamentofmayors.org/dr-benjamin-barber/>.

2.5. Un modelo competitivo humanamente insostenible

Hemos argumentado que la economía ya está globalizada y que su base se sustenta tanto en la globalización de los mercados financieros interconectados entre sí como con la organización a escala planetaria de la producción y gestión de bienes y servicios. Sin embargo, debemos remarcar que ello no implica necesariamente que dicha globalización sea uniforme, que sea igual en todas partes. De hecho, es una evidencia que no lo es. Que la economía sea global no supone que todo esté globalizado, sino solo que las actividades económicas que dominan el mercado están pensadas y articuladas globalmente.

La globalización es un proceso asimétrico muy especialmente respecto a sus efectos, a los beneficios y perjuicios que provoca. Para quien no le toque vivirlo de cerca, pudiera incluso parecer una broma de mal gusto, pero basta viajar, hablar con personas de distintas partes del mundo o leer solo un poco para darse cuenta de que, si bien es incuestionable que el crecimiento de las ciudades ha generado riqueza, mayor conectividad y mejoras en la calidad de vida de sus ciudadanos, también lo es que estas mejoras no han estado al alcance de toda la población. Algo no funciona bien porque la asimetría de la globalización comporta una creciente desigualdad social y económica cada día más evidente en todo el mundo.

La desigualdad no es un concepto abstracto, sino algo muy concreto. Un concepto que puede explicarse a partir de algunos datos que nos conducen a cuestionarnos que el habitante urbano sea siempre un ciudadano: 1.400 millones de personas que habitan en ciudades carecen de acceso a agua potable, 2.700 millones no disponen de servicios sanitarios básicos y 930 millones habitan en infraviviendas y entornos urbanos precarios, cifra que podría aumentar a 1.500 millones para el año 2020 si la actual tendencia se mantiene. Se trata de la falta de agua potable o de medicamentos pero, aún más dramáticamente, de la falta de alimentos. De hecho, aquello que causa mayores víctimas en nuestro planeta no son ni las guerras, ni los huracanes ni los volcanes, sino el hambre: alrededor de una de cada nueve personas de la población mundial no tiene suficientes alimentos para llevar una vida saludable y activa y 80.000 personas mueren al día de hambre. La nutrición deficiente es la causa de casi la mitad (45 %) de las muertes en niños menores de cinco años (3,1 millones de niños cada año). Y mientras tanto, la mitad más pobre de la población mundial acumula la misma riqueza que las 85 personas más ricas del mundo (Oxfam International, 2014).

No se trata, por lo tanto, de una crisis pasajera. Se trata del propio sistema que genera una dinámica de vencedores y perdedores. Aunque la competitividad pueda tener sentido en un marco compartido y cooperativo donde haya una cierta igualdad de oportunidades, la evolución del sistema ataca continuamente esta posibilidad (Harvey, 2013 y 2014). La exacerbación de la com-

Nota

El 10 % de la población urbana en países en desarrollo carece de acceso a la electricidad y el 18 % utiliza madera, estiércol o carbón para cocinar. (The World Watch Institute, 2016)

⁽¹⁶⁾Se puede consultar <http://www.iom.int/files/live/sites/iom/files/pbn/docs/Fatal-Journeys-Tracking-Lives-Lost-during-Migration-2014.pdf>

petitividad ha comportado un capitalismo depredador con consecuencias fatales en muchas partes del planeta: solo en 2014, más de cuatro mil personas murieron en el Mediterráneo tratando de acceder al continente europeo¹⁶.

Del empresario inquieto que descubre un nuevo producto, lo fabrica y obtiene un beneficio se ha pasado a un capitalismo financiero especulativo que compra y vende sin aportar ningún valor. De un capitalismo productivo se ha pasado a un capitalismo especulativo. La competitividad exacerbada engendra, en su propia base, un desequilibrio en la manera en que funciona la economía. La competencia sin ética, sin sentido colectivo, sin sentido ciudadano, llevada al límite se suicida porque genera estructuras oligopólicas que acaban anulándola, creando en última instancia y en muchos casos un circuito de apoyos, favores y complicidades con la Administración pública que pervierte definitivamente la competencia bien entendida. Lamentablemente, no es ajeno a nuestras ciudades constatar que demasiado a menudo se desatienden servicios básicos hacia los grupos urbanos más pobres mientras se destinan sumas astronómicas a la construcción de grandes infraestructuras innecesarias (The World Watch Institute, 2016), aumentando la segmentación socio-espacial y profundizando en las desigualdades en el entorno urbano.

Quizás por ello, David Harvey sugiere que, más que contra la pobreza, debería lucharse contra la riqueza.

2.6. Un modelo ecológicamente inviable

Los indicadores económicos de los últimos cincuenta años evidencian un progreso extraordinario: de 1950 a nuestros días, la economía se ha multiplicado por siete. El índice Dow Jones pasó de 3.000 puntos en 1990 a 11.000 en el año 2000. Si solo contemplásemos aspectos económico-financieros, sin duda podríamos ser optimistas, pero a los indicadores económicos debemos añadirles los indicadores que contemplan su impacto respecto al marco en el que actúan: el planeta. Si lo hacemos, los datos ya no pueden permitirnos ser tan optimistas.

Si bien es en las ciudades donde se genera el 80 % del PIB mundial, conforme ya se ha dicho, también es en ellas donde se consume el 70 % de la energía y se emite el 80 % de las emisiones de gases de efecto invernadero. Y es que las ciudades deben hacer frente a los impactos de un sistema de alimentación, transporte y edificación, entre otros, que a menudo se extienden más allá del área estrictamente municipal.

El mismo crecimiento extraordinario que ha protagonizado la economía mundial en las últimas décadas está destruyendo los sistemas de mantenimiento. La mala o simple ausencia de gestión de los recursos naturales está destruyendo bosques, pastos, cultivos, mares y todo tipo de recursos naturales en una

fiebre consumidora de la que todos somos en parte responsables, especialmente, aquellos que vivimos en países más ricos, dado que es en estos donde se genera el 80 % del consumo global.

Más allá de las crisis económicas cíclicas o estructurales de la economía globalizada, las ciudades se enfrentan a los desafíos que representa la amenaza crítica del cambio climático y la correspondiente escasez relativa de ciertos productos básicos (petróleo, alimentos, agua, etc.) (Prats, 2014), así como a un auténtico cambio de ciclo histórico debido a la evidente inviabilidad del creciente deterioro ecológico inducido por un modelo hipercompetitivo y desprovisto de sentido ciudadano. Aunque vivamos en sociedades urbanas con tecnologías avanzadas, seguimos siendo tan o más dependientes de ella que nuestros antepasados. La amenaza evidente es que nuestro sistema de consumo infinito actual supera con creces la capacidad de producción de los ecosistemas. En el centro del sistema debemos ubicar las ciudades, porque son ellas los principales centros del metabolismo humano global (energía, materiales, alimentos, agua, residuos, etc.). Desde las grandes metrópolis se articulan inmensos y en ocasiones distantes espacios de extracción, producción y consumo con los mercados financieros y comerciales internacionales, expandiendo patrones de desarrollo cada vez menos integrados en los sistemas territoriales, naturales y socioculturales de cada lugar. Aproximadamente, un 33 % del CO₂ de los países con rentas más altas se genera en otros países menos favorecidos.

Por todo ello, parece razonable pensar que es en las ciudades donde debe generarse el proceso de cambio¹⁷ y adaptación de un modelo competitivo que recupere el sentido originario de la palabra *competir* (en latín *cum petere*, perseguir juntos), donde podamos crear valor y redistribuir la riqueza en un marco espacial y de reglas compartidas que permita reproducir el ciclo sin riesgos que puedan poner fin al sistema. Las ciudades deben incorporar la sostenibilidad en la base de todas sus actuaciones, partiendo de un concepto de desarrollo económico local sostenible, aquel que se logra cuando el nivel de vida de una comunidad puede ser preservado y aumentado a través de un proceso de desarrollo humano y físico basado en los principios de equidad y sostenibilidad (Blakely y Green, 2010).

2.7. La visión positiva de la globalización

La existencia de serias amenazas no implica automáticamente que la globalización no genere, a su vez, un buen número de oportunidades para las ciudades y el desarrollo de su economía. Desde una perspectiva estrictamente empresarial, es evidente que la primera de ellas es la reducción de costos producida por un mercado más amplio que incentiva a las empresas en ofertas cada día más ajustadas sin rebajar la calidad o incluso aumentándola. No en vano, globalización equivale a disminución o eliminación continuada de las restric-

⁽¹⁷⁾En su último libro, Benjamin Barber expone cómo las ciudades, dotadas de mayor soberanía, deben ser actores decisivos contra el cambio climático. Ver Barber (2017).

⁽¹⁸⁾Para Ha-Joon Chan, las potencias occidentales utilizaron el proteccionismo para crecer y solo cuando consiguieron posiciones de dominio se articuló el relato del libre comercio (Chang, 2005).

ciones estatales en los intercambios a lo largo de las fronteras¹⁸, y al cada vez más integrado y complejo sistema global de producción e intercambio que ha surgido como resultado (Palmer, 2002).

Ello ha multiplicado, exponencialmente, las oportunidades sociales y económicas de las ciudades y los ciudadanos con resultados económicos incuestionables: «Durante los últimos 200 años, el ser humano ha pasado de tener una renta de 3 dólares a 120 y a vivir casi el triple. El hambre ha desaparecido en el mundo excepto en algunas áreas aisladas y solo en ciertas crisis humanitarias» (McCloskey, 2015)¹⁹. La apertura y la movilización continua de conocimiento, especialmente en los últimos doscientos años, ha generado un periodo de innovaciones, innovadores, nuevas tecnologías sin precedentes. «La globalización con su libertad de mercados cada vez más libres ha distribuido esas invenciones, desde nuevos abonos hasta los antibióticos, por todo el planeta» (*ibíd.*). La socialización de los medios de producción que comportó la Revolución Industrial permitió superar el antiguo régimen en que «durante miles de años se frenaba la invención y se perseguía la ciencia en nombre de Dios, del rey o el Estado, y se cerraban fronteras y se protegían mercados de las novedades» (*ibíd.*).

La globalización ha facilitado las condiciones de acceso a los mercados que anteriormente se hallaban fragmentados facilitando, a su vez, de acuerdo con esta perspectiva, gobiernos más democráticos, responsables y conformes a derecho (Palmer, 2002). Para los entusiastas de la globalización, debe atribuirse a ella igualmente una disminución de la pobreza en general y en los países más pobres²⁰ con un efecto especial sobre el trabajo infantil: «Alrededor del mundo trabajan aproximadamente 250 millones de niños. El porcentaje de niños trabajadores ha caído –no incrementado– con el aumento del comercio y la globalización, y por razones muy obvias. Los países pobres no son pobres porque los niños trabajan. Los niños trabajan porque son pobres. Cuando la gente se enriquece a través de la producción y el libre intercambio, envían a sus hijos a las escuelas, en lugar de los campos. El comercio global es el camino más rápido para la eliminación del trabajo infantil y su reemplazo por la educación infantil» (Palmer, 2002²¹). Finalmente, una economía globalizada puede contribuir a escenarios de paz y ausencia de conflictos en la medida en que se imponga un libre comercio entre estados, regiones y ciudades de todo el mundo.

⁽¹⁹⁾ Como referencia de este posicionamiento, bien vale D. McCloskey (2015), *Virtudes burguesas*, que forma parte de una trilogía (*Bourgeois Virtues; Bourgeois Dignity; Bourgeois Equality*), dedicada a ensalzar las virtudes del crecimiento económico. <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20180403/442146994311/la-mayoria-de-los-humanos-prefiere-comodidad-a-libertad.html>

⁽²⁰⁾ Para una buena muestra de datos que fundamentan esta afirmación, ver Norberg (2017).

⁽²¹⁾ Ver en: <https://object.cato.org/pubs/letters/palmer-catoletters.pdf>. Para la relación entre instituciones económicas eficientes e instituciones políticas distribuidas, ver Acemoglu y Robinson (2016).

3. Retos para una economía ciudadana

3.1. Economía ciudadana frente a economía de *lobbies*

Incluso la economía capitalista tiene sus límites. El propio Adam Smith, considerado como su fundador intelectual, habla de la necesidad de observar al otro como elemento fundamental antes de actuar, sentir a los otros y menos a nosotros mismos. Restringir nuestros impulsos egoístas y consolidar los benévulos constituye, para Smith, la perfección de la naturaleza humana (Smith, 2013). Sobre la base de estas y tantas otras escuelas de pensamiento social, político y económico, desarrolladas desde entonces, así como consecuencia de la evolución de nuestras sociedades, creo razonable afirmar que **la nueva economía urbana debe ser ciudadana**: creada por ella, gestionada por ella y orientada en sus efectos hacia ella.

Si prestamos atención a la etimología de la palabra *economía* (del griego *oikos*, 'casa' o 'patrimonio', y de *nomos*, 'regla' o 'administración'), la *oikonomía* significaría la administración doméstica o el gobierno de la casa. En consecuencia, si en un modelo democrático burgués del siglo XVIII solo unos ciudadanos decidían por todos, en una democracia avanzada como la que deberíamos tener en el siglo XXI, el empoderamiento de sus ciudadanos debería ser una de sus características principales con el objetivo de poder reconocerse a sí misma como una economía –realmente– ciudadana. Para que así sea, deberían cumplirse, como mínimo, los siguientes cinco principios: **equilibrio aceptable entre igualdad y libertad; glocalidad, liderazgo público, liderazgo ciudadano, economía ética y cooperativa**. En este capítulo, nos referiremos al primero de dichos aspectos, dejando para el último de los módulos el desarrollo de los restantes.

La economía, para ser ciudadana, debe ser de todos y para todos. Por ello, debe tener como ideal la cuadratura del círculo: el equilibrio entre libertad e igualdad. Pese a lo que digan aún algunos *soñadores*, es obvio que no vivimos en un mercado realmente libre (Reich, 2016). He ahí la gran paradoja en el uso del lenguaje cuando a ciertos neoliberales se les atribuye la defensa del mercado libre, de la libertad de mercado, cuando en realidad lo que subyace en dicha ideología se aproxima más a la idea de un mercado libre solo para algunos, un mercado dirigido y controlado por el poder político en beneficio de los intereses solo de una parte.

Desde esta perspectiva, cuando decimos neoliberal deberíamos decir oligopolista o monopolista, puesto que más bien tiende a defender el privilegio de unos pocos, el hecho que determinados operadores puedan disponer de ventajas competitivas. Ventajas que, por otro lado, para nada tienen que ver con

la actividad productiva; al contrario, más bien están estrechamente vinculadas con el marco regulatorio y, por lo tanto, con una actividad puramente lobista (Zubizarreta y Ramiro, 2015).

Contrariamente, **la economía ciudadana pretende buscar el equilibrio entre libertad e igualdad de un modo real**, esto es, tratando de crear las condiciones para que todos los ciudadanos tengan unas ciertas condiciones de igualdad y, en paralelo, propiciar los espacios y flexibilidades necesarios para que la libertad ciudadana, ya sea individual o colectiva, con su iniciativa y su creatividad, pueda manifestarse sin restricciones.

Una economía ciudadana impulsa el equilibrio entre igualdad y libertad cuando **facilita la iniciativa productiva de los ciudadanos** frente a la restricción de la competencia que imponen ciertos monopolios y oligopolios con su sobreparticipación en la definición de los marcos legales y regulatorios²². La nueva economía urbana presenta, en este sentido, fenómenos emergentes (economía colaborativa, P2P o simplemente, emprendedores individuales o colectivos innovadores) que ponen en entredicho hasta qué punto las economías de las ciudades son realmente ciudadanas o bien pertenecen a unos pocos, lo que hoy podríamos llamar una casta económica.

Parece claro que ante lo emergente, lo innovador y la progresiva aparición de nuevas formas de actividad económica que dan poder a sus ciudadanos, **una ciudad fundamentada en la economía ciudadana debe poder contar con ellos para que las apoyen tratando de no caer en trampas criminalizadoras** (competencia desleal, problemas vecinales, etc.) **que enfrentan a los ciudadanos entre sí mientras se perpetúa el dominio absoluto de ciertos lobbies**.

Igualmente, una economía ciudadana que persiga el equilibrio entre igualdad y libertad debe exigir gobiernos locales que huyan de la tentación de parapearse en marcos normativos gremiales, ni se conviertan en los paladines de intereses sectoriales en vez de favorecer la emergencia de nuevas iniciativas económicas y empresariales que sirvan para empoderar económicamente a la ciudadanía tejiendo redes mucho más sólidas y estables.

3.2. El reto de la ciudadanía económica

El concepto de ciudadanía social (Marshall y Bottomore, 1992) suele criticarse con cierta asiduidad por su tendencia a sugerir una ciudadanía pasiva, satisfecha con la simple idea del «derecho a tener derechos». Dicha concepción aparentemente ambiciosa se opone a la de una ciudadanía activa, con vocación de asumir responsabilidades respecto a lo que debe hacerse y al cómo debe hacerse respecto a los retos políticos, sociales y económicos urbanos.

En realidad, en la actualidad ya existe un amplio espectro político que coincide en la necesidad de, más allá de garantizar derechos, profundizar en una democracia de las responsabilidades (Cortina, 1997), donde los ciudadanos deben

(22) En Seattle se pretende que Amazon, el principal empleador de la ciudad, pague una tasa anual de 275 dólares por trabajador. La recaudación debe servir para financiar proyectos de vivienda social. Ante lo que consideran un discurso «anti-grandes empresas», Amazon insinúa que podría deslocalizarse. Ver en: https://www.eldiario.es/theguardian/Amazon-viviendas-sociales-Seattle_0_771673531.html. La capacidad de deslocalización opone directamente las multinacionales a las *anchor institutions* localizadas y aportadoras de valor constante a las ciudades. Ver en: <https://democracycollaborative.org/sector/anchor-institutions>

poder expresar directamente respuestas concretas. La emergencia de una necesaria democracia directa que complemente la democracia representativa ha comportado, a menudo, una cierta banalización de la participación e incluso un participacionismo estético y vacío de contenido.

Para evitar la generación de expectativas que difícilmente pueden cumplirse, el fomento de la participación de los ciudadanos probablemente debería partir de la idea de que nuestras democracias no son estrictamente representativas ni participativas, sino algo parecido a una poliarquía (Dahl, 1993). De ser así, toda vocación de implicar a los ciudadanos debería pretender –modestamente– multiplicar los centros de poder en la medida de lo posible con el objetivo de evitar –o al menos contrarrestar– cualquier proceso de monopolización del poder político. Dicha multiplicación de los centros de poder supone, en la práctica, ampliar y extender la capacidad de tomar decisiones a cuantas más personas mejor.

Sin embargo, tomar decisiones, participar en ellas o simplemente mostrar algún interés acerca de lo público se vislumbra algo difícil cuando no se disponen de los recursos económicos básicos o suficientes para vivir o para vivir bien²³. Por ello, de acuerdo con la tradición del republicanismo democrático, parece razonable aceptar que la independencia material es una condición innegociable para la independencia política. Así, fácilmente podemos llegar a la conclusión de que, cuanto mayor sea la participación económica de los ciudadanos en la economía de la ciudad, mayor será la cantidad y calidad de su participación política.

(23)Rebasa el ámbito de este texto la definición de lo que es el nivel de subsistencia necesaria o suficiente, que ocupa por otro lado buena parte de los debates acerca de los beneficios o perjuicios de instaurar, por ejemplo, una renta ciudadana garantizada.

En realidad, ya en la antigua Grecia se consideraba que los ciudadanos tenían el derecho a participar en la vida política cuando eran individuos libres, en el sentido literal de que no dependían de otra persona para vivir. Esta definición es la que excluyó durante siglos tanto a esclavos como a cualquier persona que estuviese sometida a cierto grado de servidumbre: niños, mujeres, extranjeros que no gozaban de la ciudadanía o incluso los asalariados que el propio Aristóteles asociaba a esclavitud²⁴.

(24)Ver *Política*, cap. V (ed. de 1993).

Desde la democracia griega de los ciudadanos libres (propietarios en el sentido de no depender de un tercero), el desarrollo y la profundización de la democracia no ha consistido en otra cosa que –mediante sucesivas oleadas y convulsos vaivenes– tratar de ampliar ese estrecho círculo de personas que sí podían participar en las decisiones políticas.

Y así hasta llegar a nuestros días, cuando la participación política (derecho a voto, a la libertad de expresión, de participación, etc.) se ha impuesto definitivamente dado que todo individuo adulto es miembro con plenos derechos políticos, independientemente de su propiedad privada, de su nivel de ingresos o su nivel riqueza particular²⁵. Si bien es indudable que ello es un éxito colectivo,

(25)Para una visión histórica del republicanismo –democrático–, ver Domènech (2003).

no es menos cierto que, contrariamente, en nuestras democracias modernas la participación económica ha quedado relegada, en el mejor de los casos, a la participación política de los ciudadanos en las decisiones económicas.

Aunque es evidente que existe una conciencia muy débil entre los habitantes de nuestras ciudades acerca de la potencialidad de la ciudadanía económica, debido a que la ciudadanía ha quedado circunscrita a lo político, lo cierto es que la condición de ciudadano económico convierte al habitante en ciudadano plenamente, alejándolo de una mera posición de súbdito, de mero receptor de órdenes, prohibiciones y obligaciones o de un «mero» votante. Por ello, la ciudadanía económica va mucho más allá de una garantía deliberativa sobre las cuestiones de orden social, político y económico, puesto que expresa la capacidad de participar, de tomar parte, en el proceso de creación y gestión del proceso económico en una ciudad determinada, en una dinámica opuesta a la de la concentración del capital o la monopolización del poder económico.

En un entorno económico globalizado, donde los problemas y los retos rebasan el ámbito de cualquier ciudad o estado, el ejercicio pleno de una ciudadanía económica requeriría una concepción cosmopolita universal con instituciones democráticas globales, pero es obvio que, en la actualidad, estas son tan necesarias como inexistentes.

Partiendo, por lo tanto, de la realidad económica presente, el reto de nuestros responsables técnicos y políticos debería consistir en plantear cómo debe desarrollarse la extensión de la ciudadanía económica en un proceso de construcción de una economía ciudadana. En virtud de lo expuesto, tres vías principales parecen fundamentales a tener en cuenta:

Participación en la toma de decisiones

Facilitar la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones fundamentales que afectan a su vida económica. Ello puede ser a través de los mecanismos que prevé la democracia representativa (voto, partidos, contraprestos), complementándolos con mecanismos de democracia directa (referéndum, consultas) y una gestión pública cooperativa (comisiones, planes estratégicos, consejos), eso sí, orientada a la conciliación del conflicto, con vocación dialéctica y orientada a sacar provecho colectivo del pluralismo político y no a silenciarlo.

Participación en la capacidad de creación de riqueza

La ciudadanía económica se ejerce plenamente en el ámbito de la creación de riqueza. Una ciudad, por lo tanto, que promueva la ciudadanía económica tenderá a tener una economía ampliamente distribuida entre grandes, medianas y pequeñas empresas; un equilibrio entre empresas globales y locales, entre empresas propiedad de accionistas y empresas privadas de propiedad individual o colectiva, entre asalariados y emprendedores, entre funcionarios y

autónomos, será facilitadora del ciudadano-productor. Pese a la moda de la economía del acceso (Rifkin, 2013), subsiste en nuestras sociedades una larga tradición propietarista que defiende la propiedad privada (históricamente, de la tierra), convencida de que puede permitir las condiciones de posibilidad de la independencia individual que, a su vez, hace posible el ejercicio de la libertad política y el desarrollo personal. Igualmente, esa voluntad de libertad y autonomía es lo que empuja a una persona a crear su propia empresa, a impulsar su proyecto profesional particular o a una tercera a adquirir –invirtiendo sus ahorros o a través de un préstamo– una propiedad con fines lucrativos (un taller, una máquina, un ordenador o un barco de pesca).

Disponer de recursos básicos cuando no se genera riqueza

Tal y como ya he sugerido, una vez conseguido el voto universal, en nuestras democracias modernas aumenta la percepción de que la participación y la libertad políticas deben ir acompañadas de una equivalente libertad económica entendida como la no dependencia económica; de que la ciudadanía, para ser plena, debe ir vinculada a la disposición de unos recursos económicos básicos. Por ello, cuando estos no se consiguen mediante el desarrollo propio y colectivo de las capacidades para generar riqueza, deben de algún modo poderse proporcionar. Ello motiva la idea del Estado protector, social o del bienestar y, más recientemente, por ejemplo, el amplio movimiento en favor de una renta ciudadana²⁶.

(26) Ver en <http://www.redrentabasica.org/rb/>

En resumen, una economía ciudadana será, por lo tanto, aquella que no se limitará a insistir obstinadamente en la importancia de la participación política de cualquier ciudadano, ni tampoco se limitará a una simple redistribución de la riqueza creada por unos pocos, sino que tratará de que todos los ciudadanos cuenten o puedan contar directamente con la subsistencia material suficiente, facilitando que cada uno se apropie directamente de ellos, que sea propietario de esos recursos, promoviendo que sea propietario individual y/o colectivo de sus propios medios de producción.

Una economía ciudadana no renuncia a los aportes de empresas globales, grandes y medianas –que permiten, por ejemplo, contar con ingentes números de asalariados o importantes contribuciones fiscales–, pero, consciente de la evolución del mercado de trabajo y la imposibilidad del antaño prometido pleno empleo, debe impulsar una mirada de pequeñas y medianas empresas. Fomentará igualmente una economía lo más distribuida posible a través de incontables ciudadanos productores capaces de ser autónomos y libres, generando ingresos a través de sus propios recursos (inmobiliarios, sea un coche, una casa o una habitación, y mobiliarios, talento, habilidad determinada) aprovechando para ello, por ejemplo, todas las potencialidades que ofrece hoy en día la tecnología digital.

¿Cómo debe hacerse? Sin duda, dialécticamente, contando y preservando la iniciativa individual y colectiva de los ciudadanos, con la iniciativa pública superando amenazas, contradicciones y tratando de aprovechar oportunidades, buscando la conciliación y cooperación entre lo individual y lo común y tratando de evitar caer en el perfeccionismo o en la tentación de promover directamente lo imposible, sea por pura inocencia y voluntarismo, sea por populismo o mala fe, cuando se sabe de antemano que las expectativas que se crean no se podrán cumplir.

3.3. Hacia una democracia económica glocal

Ciertos economistas, políticos y ciudadanos insisten en querer minimizar el rol de la Administración pública considerando que política y economía deben relacionarse lo menos posible. El pretexto suele ser el propósito de alejar arbitrariedades, evitar la manipulación de las instituciones y una suerte de asociación natural entre la mejora de la competencia y una menor regulación (Vogel, 2018). Dicho discurso choca, obviamente, contra todo nostálgico –de izquierdas o de derechas– de un estado fuerte, centralizado y planificador. Pero choca también con todo aquel que defiende las virtudes de un mercado realmente libre²⁷, con todo aquel que piensa que solo mediante un sistema institucional claro, regulado y eficiente se puede favorecer una competencia real.

(27) Ver <http://ciudad.blogs.uoc.edu/2015/01/quien-defiende-realmente-el-comercio-local/>

La reivindicación de instituciones y regulaciones claras y justas para todos parte de la convicción de que cualquier gran conglomerado empresarial tendrá nulo interés en ceder su cuota de poder en un sector determinado. En realidad, si pudiese lo acumularía todo porque, en cierto modo, parafraseando a David Harvey, la finalidad de la empresa capitalista no es tanto competir como dejar de hacerlo, eliminando cuanto antes la competencia, aprovechando para ello influencias, proteccionismos o regulaciones favorables. En verdad, no es necesario recurrir al anticapitalismo para advertir de ese riesgo... Alguien tan poco sospechoso como Adam Smith ya lo avanzó en *La riqueza de las naciones* cuando exponía que «el interés de los empresarios [...] es siempre en algunos aspectos diferente del interés común, y a veces su opuesto. El interés de los empresarios siempre es ensanchar el mercado pero estrechar la competencia. Ampliar el mercado suele coincidir con el interés general; pero restringir la competencia siempre va en contra de él, y solo puede servir para que los empresarios, al elevar sus ganancias por encima de lo que naturalmente serían, recaudarían para su propio beneficio un impuesto absurdo sobre el resto de sus conciudadanos²⁸» (Smith, 1999).

(28) Traducción propia

El propio Adam Smith insiste en enfatizar que debemos estar bien atentos cuando los comerciantes (los *lobbies*, podríamos considerar ahora) impulsen algún tipo de regulación: «La propuesta de cualquier nueva ley o regulación del comercio que venga de esta clase social debe escucharse siempre con gran precaución y nunca debe adoptarse antes de haber sido larga y minuciosamente examinada, no solo con la más escrupulosa atención, sino también con el

mayor recelo. Pues procede de una clase de hombres, cuyo interés nunca coincide, exactamente con el interés común, de una clase generalmente interesada en engañar y aun en oprimir a la sociedad y que, por lo mismo, en muchas ocasiones, la ha engañado y la ha oprimido».

Para favorecer sus intereses, y dado que el «interés de los empresarios» no coincide necesariamente con el «interés común», no son pocos de ellos quienes puedan sentirse tentados a reclamar un camino libre de regulaciones, la existencia de un gobierno débil o una Administración pública fácilmente corruptible que allane su desempeño e incluso restrinja el de los demás. Ejemplos de actualidad copan periódicos y televisiones a diario. Por ello, el propio Smith defiende la necesidad de instituciones que permitan ejercer el comercio de forma lo más libre posible, tanto de presiones de los viejos estamentos aristocráticos como de los poderes económicos comerciales emergentes. Complementando justificaciones éticas y morales, las instituciones deben permitir el correcto funcionamiento del mercado, base del desarrollo económico y de la creación de riqueza.

Paradójicamente, desde esta perspectiva, la desigualdad económica y social no es consecuencia de una excesiva libertad de mercado, como suele denunciar el anticapitalismo, sino justo lo contrario, resultado de la prepotencia económica de unos operadores sobre el resto que limita su libertad económica. No es el mercado *per se*, por lo tanto, quien restringe la participación activa de cuantas más personas mejor, sino empresas y sectores económicos que consolidan, a su vez, sus posicionamientos mediante la protección de instituciones políticas y económicas. Dicha protección se expresa mediante la regulación favorable de ciertos monopolios, el rescate de empresas en bancarrota, la creación de barreras a pequeñas y medianas empresas o la falta de consideración del ciudadano-productor como un operador a potenciar.

Ciertamente, es clamoroso el apoyo que ciertas instituciones políticas y económicas dispensan a ciertos grupos empresariales, produciendo evidentes ineficiencias en el funcionamiento de un mercado que se supone libre. Pero siguiendo el razonamiento de Smith, la denuncia de la connivencia entre élites económicas y políticas no puede desembocar ni en la deserción de la política respecto a lo económico, ni en la tentación de volver a un estado que lo controla todo.

Entre los que exigen menos regulación –idealizando un mercado de emprendedores sin influencias de poder de ningún tipo– y los que exigen más –idealizando un estado controlador y protector ajeno a esas influencias de poder–, la democracia económica señala un camino intermedio más pragmático donde la prioridad es simplemente aspirar a una mejor regulación. Ante el eterno debate entre más o menos estado, la democracia económica focalizará su interés en un mejor estado, una mejor administración centrada en impulsar la autonomía ciudadana ante cualquier prepotencia, sea proveniente del mercado o del estado. Entre un estado mínimo donde la prepotencia de grupos em-

presariales dificulte la libertad de participación económica y un estado que lo controle y planifique todo, la democracia económica seguirá apelando a la dialéctica entre instituciones políticas fuertes –sin que ello sea sinónimo de grandes e ineficientes– y un mercado dinámico que impulse y distribuya tanto como sea posible condiciones para generar riqueza. Ante instituciones políticas y económicas extractivas, orientadas a beneficiar a una minoría, una democracia económica promoverá la existencia de instituciones políticas y económicas inclusivas y eficientes orientadas a conferir poder distribuido, a superar barreras de entrada y desbloquear mercados cautivos en beneficio de unos pocos operadores.

Democracia política y democracia económica se retroalimentan, dado que a mayor nivel de poder político distribuido, mayor número de instituciones económicas inclusivas. Seguimos, por lo tanto, cerca de lo que ya defendió Adam Smith, cuyo objetivo no era otro que deshacer, por un lado, la concentración de poder vía privilegios o posiciones monopolísticas, al mismo tiempo que garantizar –políticamente– que el mercado fuera lo más libre posible, abierto a cualquier ciudadano que quiera participar en él.

Trescientos años después, las cuestiones fundamentales siguen siendo parecidas: ¿qué instituciones necesitamos tener?, ¿qué tipo de mercado queremos?, ¿preferimos instituciones opacas con mercados restringidos, o bien instituciones abiertas con mercados participativos?, ¿queremos una economía alejada de la ciudadanía que limite el derecho a la participación económica, o quizás preferimos aspirar a expandir la libertad avanzando hacia una democracia económica?

3.4. Las ciudades como oportunidad: hacia una economía ciudadana

Las ciudades se originaron en las encrucijadas de los caminos en donde se producían intercambios de productos, la actividad propia de un sistema económico de supervivencia. El sedentarismo que implicó las primeras aglomeraciones humanas, miles de años atrás, exigió transformar la naturaleza para que produjera bienes en un área asumible para sus habitantes y, a medida que el ser humano estableció y produjo excedentes propios de un sistema económico de mercado, creó leyes de convivencia, estableció sistemas de gobierno y de seguridad, construyó infraestructuras para el saneamiento y vías de comunicación, buscó sistemas de desplazamiento más rápidos e inventó soluciones para resolver los problemas que conllevaba la constante acumulación de personas y la convivencia entre ellas. Y así, desde las primeras aglomeraciones humanas, el proceso urbano implicó la generación continua de actividades para abastecer de productos y servicios a sus habitantes que, con el tiempo, lentamente, fueron conquistando su estatus de ciudadanía hasta llegar a la contemporánea formulación de los derechos sociales, económicos, políticos y humanos.

Sintéticamente, podemos identificar tres grandes tendencias en el crecimiento urbano ya mencionadas anteriormente (Belil, 2012): el aumento demográfico, el cambio de localización de las megaciudades y el crecimiento de las pequeñas y medianas ciudades. Respecto a la primera tendencia, los datos son suficientemente esclarecedores: ni más ni menos que tres cuartas partes de la población mundial será urbana en 2030. En relación con la segunda tendencia, cabe señalar que las ciudades más pobladas del mundo pasarán a localizarse en países emergentes y el crecimiento urbano se desplazará principalmente hacia las ciudades asiáticas, en especial en las ciudades chinas (Belil, 2012). Finalmente, y en tercer lugar, el gran proceso de urbanización se producirá progresivamente más en las ciudades pequeñas y medianas que en la continuidad del crecimiento de las grandes megalópolis.

Las ciudades se convierten definitivamente en el principal laboratorio donde afrontar las amenazas económicas, sociales y medioambientales, como ya se ha dicho, y en el espacio ideal para avanzar hacia una economía ciudadana.

Pero, justamente cuando el camino parecía definitivamente conquistado, la aparición de la economía globalizada, con su implacable lógica del capital, amenaza de nuevo la ciudadanía conquistada. Tendencias y fuerzas globales amenazan nuestra realidad local a una velocidad de vértigo sin que tengamos, en la mayoría de casos, ni siquiera la ocasión de opinar. Ciertamente, son muchos los ciudadanos en todo el mundo que asisten con perplejidad a la configuración de la ciudad actual. Para muchos, significa un proceso de «anticiedad», un proceso consecuencia de un capitalismo desatado, de una urbanización especulativa, de una sociedad atomizada, de una cultura individualista a la que una política local débil y pasiva, cuando no cómplice, no puede o no quiere hacer frente. Ante todos estos cambios y procesos, a menudo tan gigantescos como complejos para su correcta comprensión, parece del todo razonable pensar que la ciudad es una ecuación imposible (Borja, Belil y Corti, 2012) cuando se trata de compatibilizar competitividad económica con cohesión social y sostenibilidad ambiental, gobiernos democráticos y participación ciudadana con la dinámica del capital.

En el mundo globalizado, son muchas ya las resistencias locales que se manifiestan por doquier denunciando la pérdida de la ciudad en manos de intereses puramente especulativos o que reclaman un mundo más justo e igualitario. Sin embargo, dicha resistencia no debería hacerse de espaldas a la política, sino frente a ella. Ante una concepción especulativa de la economía hace falta más política y más democracia. Democracia no solo como un fin en sí mismo, sino como un instrumento para crear, proponer e implementar acciones concretas. Las resistencias locales precisan, por lo tanto, de un buen sistema de diseño de políticas públicas para que unas protestas o reivindicaciones cambien la vida de miles de personas de nuestras ciudades.

Porque no hay duda de que es en el entorno urbano donde políticos, activistas, intelectuales y ciudadanos pueden hacer posible cambios concretos que mejoren nuestro entorno, nuestras ciudades y, por extensión, el mundo en el que vivimos. Aunque las ciudades difieran en cuanto a geografía, clima, cultura, historia, riqueza y otra multitud de aspectos, cada uno de los cuales hace imposible plantear un modelo único para el desarrollo económico urbano, podemos identificar tres tipos de ciudades globales (Clark, 2016): las ciudades globales consolidadas, tradicionales centros financieros globales; las emergentes, ciudades con un rápido crecimiento demográfico que concentran servicios comerciales, profesionales y financieros con alcance mundial y desempeñan un rol de conexión entre estados y la economía global, y las «nuevas» ciudades globales, aquellas especialmente implicadas en el desarrollo de los sectores económicos más dinámicos, vinculados a las tecnologías de vanguardia y que por ello tienen el potencial de convertirse en ciudades globales líderes en el futuro²⁹.

(29) Como, por ejemplo, Barcelona, Berlín, Boston, Ciudad del Cabo, Copenhague, Manchester, Miami, Oslo, San Diego, Santiago, Sídney, Tel Aviv, Vancouver o Viena, entre otras. Inmersos en lo que se ha dado en llamar la economía de la experiencia, la población globalizada busca nuevas ciudades globales donde vivir y su elección dependerá, en gran medida, de la interacción entre la tecnología y las ciudades, de cuáles serán capaces de crear los entornos más favorables. Ver Clark (2016).

Algunos de sus retos más importantes pueden agruparse en dos ámbitos (*ibíd.*) principales:

Estratégicos de futuro

Generar y/o consolidar un tejido económico y empresarial competitivo y, al mismo tiempo, ser económicamente inclusivas, flexibles y resilientes; expandir la clase media, el *zoning* y la política tributaria incentivadora y, al mismo tiempo, que sirva a la mayoría; evitar la cronificación de la pobreza.

Gestión de las externalidades negativas

Las ciudades globales atraen talento, inversión, recursos y negocios, y con ello pueden beneficiar a ciudades vecinas, pero también perjudicarlas. Ello implica la gestión de externalidades negativas de aspectos que, por otro lado, pueden ser positivos: turismo, gentrificación, vivienda asequible o tensiones derivadas de la gestión del crecimiento, no solo en la propia ciudad, sino también en su relación con los diferentes niveles territoriales y sistemas económicos en los que participa.

En un mercado globalizado, parece obvio que la democracia económica deberá avanzar simultáneamente en el ámbito de lo local y de lo global. Y es que en las ciudades se reflejan los grandes problemas sociales, económicos y medioambientales de la actualidad. Al mismo tiempo, las grandes urbes constituyen el motor del crecimiento económico, la innovación, la industria y los servicios, la demanda y la producción³⁰, siendo en la práctica el espacio con mayor potencial para formar parte de la gran solución. En el próximo siglo, las ciudades dominarán definitivamente el devenir de nuestras sociedades y, para ello, debemos invertir el tiempo y los recursos necesarios para afrontar con las mayores garantías los retos planteados. La solución a los problemas de las

(30) Según Richard Holt, director de Investigaciones del Oxford Economics.

ciudades pasa por más –no menos– urbanismo (Florida, 2018). Igualmente, las ciudades deben globalizar sus experiencias, compartir retos, amenazas en instituciones globales (Barber, 2014), laboratorios compartidos que sirvan tanto a gestores públicos como a representantes políticos. Se trataría de un urbanismo proactivo, propositivo y creativo, teniendo bien presente, parafraseando a Jordi Borja, que lo contrario a un urbanismo bueno no es un urbanismo malo, sino un urbanismo insignificante (Borja, 2010).

Sin embargo, no podemos olvidar que la ciudad que queremos y su actividad económica no puede separarse del tipo de personas que queremos ser, del tipo de relaciones al que aspiramos con el resto de las personas con las que convivimos, con las que trabajamos, con las que simplemente nos cruzamos por la calle, con nuestro entorno natural, el estilo de vida al que creemos deberíamos aspirar. Es el derecho a la ciudad, el derecho individual y colectivo a cambiar la ciudad de acuerdo a nuestros deseos (Harvey 2013 y 2014). La orientación hacia una economía ciudadana se basa en ese derecho, aunque conviene dejar claro que el proceso estratégico hacia una economía ciudadana no es un modelo cerrado, ni perfecto. Nada es perfecto. Incluso podemos constatar la paradoja según la cual las ciudades más creativas son, al mismo tiempo, las que presentan mayores desigualdades económicas³¹.

De acuerdo con Richard Sennet, una de las cosas importantes de la vida urbana es cómo hacer que las complejidades que la ciudad contiene interactúen. Es preciso remarcar que, en esta constante interacción, no se puede pretender cerrar soluciones eternas porque la ciudad es un cuerpo vivo, en evolución (Borja, 2003 y 2013). Como nosotros mismos. Por ello, los sistemas cerrados no sirven para las ciudades que crecen, decrecen, cambian, evolucionan constantemente, como entidades culturales, políticas y económicas que viven dinámicas, inercias y acciones iniciadas hace décadas o siglos enteros al tiempo que se entremezclan con las acciones y reacciones del presente.

⁽³¹⁾Por ejemplo, San Francisco, Seattle o Nueva York. Ver Florida (2018).

Bibliografía

- Acemoglu, D.; Robinson, J. A.** (2016). *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto.
- Aristóteles** (1993). *Política* (cap. V). Madrid: Alianza Editorial.
- Balchin, P. N.; Isaac, D.; Chen, J.** (2000). *Urban Economics. A global perspective*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Barber, B.** (2014). *If mayors ruled the world*. New Haven: Yale University Press.
- Barber, B.** (2017). *Cool cities*. New Haven: Yale University Press.
- Belil, M.** (2012). «La ciudad, clave del siglo XXI». En: J. Borja; M. Belil; M. Corti. *Ciudades, una ecuación imposible*. Barcelona: Icaria.
- Bell, D.** (1990). *The winding passage. Sociological essays and journeys*. Nueva Jersey: Transaction Publishers.
- Blakely, E.; Green, N.** (2010). *Planning local economic development*. Thousand Oaks: SAGE.
- Borja, J.** (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borja, J.** (2010). *Luces y sombras del urbanismo de Barcelona*. Barcelona: UOC.
- Borja, J.** (2013). *Revolución urbana y derechos ciudadanos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borja, J.; Belil, M.; Corti, M.** (2012). *Ciudades, una ecuación imposible*. Barcelona: Icaria.
- Chang, H. J.** (2005). *Retirar la escalera*. Madrid: Catarata.
- Clark, G.** (2016). *Global cities: A short history*. Washington D. C.: Brookings Institution.
- Cortina, A.** (1997). *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la democracia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dahl, R. A.** (1993). *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Paidós.
- Domènech, A.** (2003). *El eclipse de la fraternidad: una visión republicana del socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Florida, R.** (2018). *The new urban crisis*. Nueva York: Basic Books.
- Glaeser, E.** (2012). *Triumph of the city*. Londres: MacMillan Publishers.
- Harvey, D.** (2013). *Ciudades rebeldes*. Madrid: Akal.
- Harvey, D.** (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Held, D.** (1997). *La democracia y el orden global*. Barcelona: Paidós.
- Jacobs, J.** (1970). *The economy of the cities*. Nueva York: Random House.
- Jedwab, R.; Vollrath, D.** (2015, octubre). «Urbanization without growth in historical perspective». *Explorations in Economic History* (vol. 58, págs. 1-21).
- Marshall, T. H.; Bottomore, T.** (1992). *Citizenship and social class*. Londres: Pluto Press.
- McCloskey, D.** (2015). *Virtudes burguesas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Norberg, J.** (2017). *Progress*. Londres: OneWorld Publications.
- Oliveres, A.** (2012). *Diem prou! Indignació i respostes a un sistema malalt*. Barcelona: Angle Editorial.
- ONU** (2018). «Las ciudades seguirán creciendo, sobre todo en los países en desarrollo». <https://www.un.org/development/desa/es/news/population/2018-world-urbanization-prospects.html>
- Oxfam Internacional** (2014). *Gobernar para las élites. Secuestro democrático y desigualdad económica*. Oxford: Oxfam internacional.

- Palmer, T. G.** (2002). «Globalization is grrreat!» [artículo en línea]. *Cato's Letter* (vol. 1, núm. 2). <<https://object.cato.org/pubs/letters/palmer-catoletters.pdf>>
- PNUD** (1992). *Human development report 1992*. Nueva York: Oxford University Press.
- Prats, F.** (2014). «Ciudades y ciudadanía ante la crisis ecológica y el cambio de época». *Ecología Política* (núm. 47).
- Reich, R. B.** (2016). *Saving capitalism*. Nueva York: Random House.
- Rifkin, J.** (2014). *La economía del acceso*. Barcelona: Paidós.
- Rivilin, G.** (2013, 30 de abril). «How Wall Street defanged Dodd-Frank» [artículo en línea]. *The Nation*. <<http://www.thenation.com/article/174113/how-wall-street-defanged-dodd-frank#>>
- Smith, A.** (1999). *The wealth of nations*. Londres: Penguin.
- Smith, A.** (2013). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Standing, G.** (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Editorial Pasado y Presente.
- Stiglitz, J.** (2010). *El malestar en la globalización*. Barcelona: Taurus.
- Subirats, M.** (2012). *Barcelona: de la necesidad a la libertad. Las clases sociales en los albores del siglo XXI*. Barcelona: Editorial UOC.
- Sunyer, R.** (2015). *Hacia una economía ciudadana*. Barcelona: UOC.
- The World Watch Institute** (2016). *La situación del mundo 2016. Ciudades sostenibles*. Barcelona: Fuhem Ecosocial / Icaria.
- UNDP** (2014). *Human development report 2014. Sustaining human progress. Reducing vulnerability and building resilience*. Nueva York: UNDP.
- Vogel, S. L.** (2018). *Marketcraft. How governments make market works*. Nueva York: Oxford University Press.
- Zubizarreta, J. H.; Ramiro, P.** (2015). *Contra la lex mercatoria*. Barcelona: Icaria.
- Zucman, G.** (2013). *La richesse cachée des nations. Enquête sur les paradis fiscaux*. París: Seuil.